



## Capítulo 490: Nos vemos luego, Virgilio.

El choque de espadas sonó como un trueno en el corazón del bosque. Cada impacto envió una onda a través de los árboles, provocando que gimieran, que los pájaros se dispersaran en bandadas desesperadas y que las raíces vibraran bajo tierra. Vergil ya no podía oír nada más que el sonido metálico del acero contra el acero y su propia respiración irregular.

Ella no parecía jadear. Ella no parecía cansada. Ella ni siquiera parecía preocupada.

Con cada golpe de la hoja plateada, la mujer tigre se movía con la gracia de alguien que no pelea—ella baila. Virgilio se sintió atrapado por esta cadencia, obligado a reaccionar a cada empuje fluido, a cada arco curvo. Sus músculos ardían, pero el instinto lo impulsaba a seguir adelante.



"Aún te estás conteniendo..." Virgilio gruñó, con los ojos ardiendo de azul.

Inclinó la cabeza, sonriendo serenamente. "No. Soy simplemente lo que soy. Eres tú quien lucha contra ti mismo."

Ese tono era más profundo que la espada. Vergil sintió que su mandíbula se apretaba y sus dientes se apretaban. Era como si lo estuviera destrozando con palabras sutiles, moldeándolo como un estudiante incapaz de comprender la lección.

"No soy discípulo de nadie."



Vergil avanzó, Yamato mostró un azul penetrante. Abandonó cualquier intento de aperturas tácticas —era pura agresión, extrema velocidad y precisión. Sus espadas trazaban un torbellino, cada corte provenía de ángulos imposibles, como si su propia rabia lo guiara.

Pero ella no se limitó a desviar la atención — ella guió la furia. Un paso hacia la izquierda, un ligero giro de su muñeca y su espada desviaron a Yamato como si alguien guiara el curso de un río. Vergil sintió que sus ataques se convertían en lecciones involuntarias, como si cada error fuera notado y devuelto a él en forma de reflexión silenciosa.

Esa sonrisa suya lo volvió loco.

Con cada fracaso, se sentía menos depredador y más aprendiz. Pero en lugar de ceder a la humillación, algo dentro de él comenzó a reorganizarse. No fue rendición—fue adaptación.



Virgilio comenzó a refinar. Cortó, observando la respuesta. Con cada bloqueo, la memoria muscular se solidificó. Con cada desarme, un cálculo interno ajustaba su postura. Sus músculos vibraban de tensión, pero también afinados.

Dejó de pensar.

La mente que una vez gritaba de frustración ahora se silenció, dando paso a algo más puro. El instinto tomó forma. Su cuerpo comenzó a responder sin orden. El mundo reducido al brillo de su espada, a la sensación del peso del Yamato en sus manos, al ritmo de su respiración.

Un estado de cambio.



Y por primera vez, su sonrisa flaqueó.

El Yamato ya no parecía predecible. Sus cortes no seguían patrones, no repetían fórmulas. Estaban vivos. Con cada segundo que pasaba, absorbía su estilo y lo devolvía como algo más brutal, pero también más letal. Un reflejo distorsionado.

Ella se movió para desviar un ataque— y por un instante, Vergil ya no estaba donde debería haber estado. Su espada rozó su hombro, arrancando un hilo de la tela blanca.

Los ojos de la mujer se entrecerraron. Por primera vez, su mirada no era la de una maestra, sino la de un igual.

"Ahora bien..." ella murmuró, deslizándose hacia atrás, con su vestido blanco balanceándose en las olas.

Vergil no respondió. Ya no había lugar para palabras. Él avanzó.

El duelo adquirió una intensidad brutal. Cada paso resonaba como un trueno. Cada empuje producía chispas de energía demoníaca que se disipaban en destellos azules y rojos. Vergil siguió adelante, no con desesperación, sino con implacable claridad.

Él ya no quería derribarla. Él quería vencerla.

Los golpes se volvieron más limpios y agudos. Vergil alternaba entre cortes hacia arriba y hacia abajo, empujes inesperados desde ángulos improbables, cada uno de los cuales ponía a prueba su reacción. Con cada bloque sonreía. Con cada desliz, grababa en sus músculos la fracción de tiempo que podía aprovechar.



Ella también estaba empezando a cambiar.

Su espada ya no se movía con ligereza; ahora tenía peso. Cada parada llevaba la fuerza de mil depredadores. Cuando ella respondió, el aire se cortó como una guadaña invisible, dividiendo el suelo bajo sus pies.

Virgilio bloqueó uno de estos ataques y el impacto lo arrojó hacia atrás, arrastrando los pies por la tierra. Pero no cayó. Se giró, se impulsó hacia adelante y convirtió el parar en ataque.

Sus ojos ardían. Su boca se curvó en una sonrisa involuntaria. Él ya no era el discípulo humillado.

Él era el cazador.



"¡Hhrraaaaah!" Virgilio rugió, su energía roja explotó en olas cortantes. El Yamato se expandió en rayos de luz, cada corte rasgaba el suelo y partía troncos de árboles distantes por la mitad.

La mujer cargó contra la tormenta, con su espada plateada girando en círculos, bloqueando, desviando y convirtiendo la furia en una danza. El blanco de su vestido ahora estaba empañado por polvo, rasguños y cortes. Ella todavía era elegante, pero menos intocable.

"Estás aprendiendo rápido..." dijo entre los choques de las espadas, con voz firme, pero ahora con una nota de respeto.

"No estoy aprendiendo." Vergil apretó los dientes, forzando la hoja contra la de ella. Sus ojos brillaron, casi locos. "Estoy superando."



El impacto explotó, arrojándolos a ambos hacia atrás.

Vergil deslizó los pies y recuperó su postura en una fracción de segundo. Ya no jadeaba; su cuerpo parecía alimentado por algo más que el esfuerzo. El flujo lo guió.

Ella, por primera vez, enderezó su postura. La hoja que apuntaba al suelo ahora se elevaba, recta, firme. Su mirada ya no era la de una tutora. Era la de un adversario.

El mundo parecía quedarse en silencio. El bosque contuvo la respiración. Las hojas no se atrevieron a caer.

Y luego avanzaron al mismo tiempo.

El espacio entre ellos se rompió en un instante. Sus espadas chocaron en explosiones continuas, tan rápidas que los ojos comunes no podían seguirlas. El suelo se abrió en cráteres, las raíces antiguas fueron aplastadas y los árboles antiguos cayeron en cortes invisibles.

Vergil hizo girar a Yamato en un arco hacia abajo —ella la bloqueó, pero él cambió de rumbo en el último instante, deslizando la hoja más allá de su protector de espada y casi alcanzando su cuello. Ella retrocedió, con su velo blanco destrozado en cintas sueltas.

Ella tomó represalias con un corte horizontal tan rápido que pareció atravesar el tiempo. Virgilio bajó el cuerpo y el borde de la espada le cortó un pelo de la frente. Empujó desde el suelo, haciendo girar a Yamato en un contraataque, casi tocando el costado de su torso.



Era como mirarse en un espejo distorsionado. Dos depredadores, dos fuerzas que se moldean y responden en sincronía.

Vergil sintió que el mundo desaparecía. No había bosque, ni espectadores, ni siquiera él mismo. Sólo el duelo. Sólo el momento.

Ya no le enseñaron. Era inevitable.

Y en su mirada, finalmente, había algo que no era ni calma ni desprecio. Fue respeto.

"Vergil, ¿verdad? ..." dijo ella, bloqueando otro ataque, con sus espadas tintineando con chispas de fuego. "Estás empezando a recordarme... a mí mismo."



Virgilio avanzó con los ojos ardiendo de azul. "Entonces lucha como si estuvieras luchando contra ti mismo. Porque cortaré todo lo que pongas delante de mí."

El silencio era aplastante. Sin viento, sin hojas, sin pájaros. Sólo el borde del Yamato apoyado en el cuello de la mujer y la mirada incandescente de Virgilio, todavía llena de esa rabia que no le pertenecía.

Ella no parpadeó. Sus ojos dorados permanecieron fijos en los suyos, como si sondaran su núcleo mismo. Y entonces, en medio del borde de la hoja que casi tocaba su piel, ella sonrió.

Una sonrisa diferente. Ya no es sereno, ya no es profesor. Fue salvaje.



Antes de que Vergil pudiera mover a Yamato, su cuerpo tembló y una energía primaria estalló en olas. La tela blanca de su vestido se hizo trizas, desmoronándose como polvo en el aire. Huesos retorcidos, músculos expandidos, carne moldeada en una nueva forma. En un instante, la delicada figura dio paso a la colossal bestia.

El tigre blanco volvió a aparecer ante él, con sus ojos dorados brillando con llamas y la boca entreabierta, dejando escapar un rugido profundo que hizo temblar todo el bosque.

Virgilio entrecerró los ojos, sin mover la espada. El aire a su alrededor vibraba con la presión de su presencia.

Pero entonces, en medio del rugido, surgió claramente una voz que se proyectaba desde el interior de la bestia. Una voz femenina, firme, cargada de algo entre respeto y provocación:

"Eres interesante, Virgilio..."



La pata del tigre aterrizó pesadamente, agrietando el suelo bajo sus garras. El inmenso cuerpo se inclinó ligeramente hacia adelante, como un cazador marcando su territorio.

"Nos vemos en el corazón de este lugar."

Sin esperar respuesta, el tigre saltó hacia atrás, desapareciendo entre los árboles a la velocidad de un rayo blanco. El bosque parecía cerrarse detrás de él, como si el propio medio ambiente fuera cómplice de su fuga.



Vergil permaneció inmóvil, Yamato todavía erguido, con sangre ardiente en sus venas. Su respiración era lenta, controlada, pero sus ojos ardían rojos y azules, una mezcla de rabia y claridad.

No se relajó inmediatamente. Él simplemente se quedó allí, sintiendo el eco del resentimiento que todavía vibraba en su cuerpo.

"Así que el juego no ha terminado..." murmuró, bajando la cuchilla con un movimiento preciso.

